

mujeres deseadas; paciente y sumiso ante los castigos infligidos por las mujeres, de los que extrae un placer voluptuoso; sensible infante, llorón y compungido ante las mujeres con las que no puede demostrar su virilidad. Pero, por otro lado, toda injusticia le indigna hasta el punto de mostrar su disconformidad y oposición: el robo del lazo del que le acusan en su infancia, su expulsión de la embajada francesa de Venecia cuando trabaja en ella, etcétera. De aquí provendrá su carácter ardiente y orgulloso.

¿De qué manera pueden conciliarse estos dos polos? Rousseau no puede acceder a una síntesis de ambos, ni decidirse por ninguno de ellos. Paule Adamy sostiene la tesis, en *Les corps de Jean-Jacques Rousseau*, de que el sentimiento de persecución proviene de este fracaso. Pero, seguramente —añade él— su soledad se debe al hecho de no poder ofrecer a las mujeres y a los hombres que le rodean una imagen unificada de sí mismo. De esta forma, la multiplicación de los cuerpos imaginarios (de niño, de masturbador, de primitivo, de perseguido) hace imposible una salida airosa en el contexto de las normas sexuales de la época.

Rousseau no puede confesar que es homosexual porque justamente no lo es. El problema no está ahí. El problema reside en la ecuación en la que quiere situar el deseo y el amor. Es verdad que por sus amigos siente una atracción exclusiva y una admiración caprichosa que le hará olvidarse por momentos de “sus” mujeres. Es verdad que en dos o tres ocasiones es asediado sexualmente por un hombre —los dos episodios de Lyon, el del obrero y el del abate, y el del seductor de Turín—, pero siempre le producen rechazo y asco. Es verdad que deja entrever sus prácticas masturbatorias, pero esto no es más que el signo de una predilección por una satisfacción sexual autónoma, ligada con el ámbito imaginario y con no pocas ventajas “prácticas”, como lo señala Adamy: preservarse de las enfermedades contagiosas como la sífilis y evitar la reproducción humana. Este mismo autor pone de relieve el vínculo entre el onanismo y su juego de presencias y ausencias y las relaciones epistolares en *La nueva Eloísa* en el hecho de que las citas amorosas sean siempre diferidas.

Narciso a su pesar

Este culto al deseo solitario habría que relacionarlo también con el narcisismo. La única obra de teatro representada públicamente en vida de Rousseau, *Narciso*

Grabado que representa a Rousseau en el día de su muerte junto a Thérèse.



o el amante de sí mismo, gira en torno a un petimetre que se enamora de un retrato suyo, representado con atuendos femeninos y que había sido instalado por su hermana, con el beneplácito de su prometida, a fin de desviarle de sus comportamientos afectados. En realidad, el efecto será otro, pues se enamorará de dicha imagen, provocando los celos y toda una serie de equívocos. Al final, la intervención del padre de Valerio, el petimetre sella la vuelta al curso de las cosas. Valerio se casa y reconoce que no hay mejor manera de amar que la de olvidarse de sí mismo, sin por ello renunciar a sentirse lo que vale.

Adamy subraya en este sentido la importancia de los tríos amorosos en la vida y en la obra de Rousseau: con madame de Warens y Claude Anet, y entre

El escritor y filósofo deleitándose con las maravillas de la naturaleza en Suiza.

Julie, Claire y Saint-Preux, en su novela, respectivamente. Todo amor hacia una mujer se ve equilibrado, y desequilibrado, por una tercera persona que hace el papel de persona activa y viril. Pero en el fondo, detrás de este triángulo que se repite hay la nostalgia de un mundo homosexual femenino, en el que el hombre se sentiría excluido. El encuentro, cuando es joven, con dos Amazonas, las señoritas Galley y Graffenried, es uno de los pasajes más deliciosos de las *Confesiones*. Ellas “se amaban tiernamente”, dice Rousseau. Jean-Jacques toma galánicamente las bridas de sus caballos en el momento en que atraviesan un vado con dificultades. Cenar y se reposan en un castillo aislado, llenos de alegría y de rubor. La “decencia” habita en sus corazonas. En una ocasión, recogiendo cerezas, Jean-Jacques tira unas con tanto acierto que las introduce en el escote de una joven. Él se dice a sí mismo: “Ojalá mis labios fuesen esas cerezas”, y termina añadiendo, una vez concluida la inolvidable jornada: “Nos queríamos sin misterios y sin vergüenza, y deseábamos amarnos siempre así. La inocencia de los humores tiene su voluptuosidad”. Es Jean-Jacques quien habla, su núcleo más sensible e indómito: “Para mí yo sé que el recuerdo de un día tan bello me afecta más, me deleita más el corazón que cualquier placer del que haya disfrutado en toda mi vida”. Quizá se sentiría excluido de su círculo sáfico, pero no de ese círculo más amplio que es el deseo destilado en lo sublime: “Llegan aún gotas de ese delicioso rocío...”.

